

modo; pero el beneficio del pobre será incalculablemente mayor, si al recibir nuestro pan recibe también nuestros consejos, nuestros consuelos, nuestras advertencias cariñosas, nuestras pruebas de la fraternidad que á él nos une.

Además, cuando esperamos al pobre en nuestra casa, practicamos la caridad con cierta libertad de criterio que excluye la idea del sacrificio: por evitarnos la molestia de asomarnos á la puerta, ó de levantarnos para tomar una moneda ó un pedazo de pan, dejamos muchas veces de dar la limosna. Otras veces nos hace abstenernos la duda ó la ignorancia sobre las condiciones personales del peticionario. Ello es que, por regla general, la limosna que hacemos en particular en la puerta de nuestra casa, aún siendo obra buena, no suele dejarnos satisfechos: sentimos algo así como una falta, un vacío que no nos explicamos, ni podrá explicárselo nunca aquel que practique actos de caridad que no le cuesten sacrificio alguno.

Pues bien, en la Sociedad de San Vicente de Paúl es en donde encontramos más facilidades y más ocasiones de practicar la caridad imponiéndonos sacrificios. En ella se nos señalan días y horas para ejercitar nuestros actos, y esto ya representa una obligación para la voluntad; en ella se nos marca el deber de depositar una limosna para los pobres adoptados, y se fijan las veces que debe cumplirse ese deber; en ella se nos recomienda que sujetemos nuestros propios impulsos caritativos para practicar solamente los actos que la Sociedad nos designa; en ella se nos presenta la ocasión de visitar á los pobres en sus casas, y de conocer sus necesidades, sus vicios y sus debilidades; en ella tenemos obligación de ponernos en contacto inmediato con la desgracia y el dolor, de sentir con el pobre, de gozar con él, de enseñarle, de consolarle; en ella... pero ¿qué clase de emociones, qué género de satisfacciones, efecto de la caridad, no pueden experimentar los miembros de esta benéfica Sociedad?

Y por si los goces estos no fueran de por si recompensa